

**John
Kenneth
Galbraith**

Predicciones para los ochenta

Traducción de Jorge Hernández Campos

A leer las predicciones de algún economista téngase presente que sólo se puede estar cierto de una cosa, a saber: que el sabio en cuestión si responde no es porque sabe, sino porque lo interrogan. Claro, si lo que predice está ocurriendo ya, el profeta se moverá sobre terreno más seguro. Mis predicciones para la próxima década tienen como base el más interesante acontecimiento de estos años. Me refiero al grande y universal desplazamiento hacia la derecha. Sus efectos se están dejando sentir ya en un grado que deja profetizar con un buen margen de seguridad. Por otra parte, y por lo que me toca en lo personal, en esto a que aludo yo puedo descifrar el futuro con más certidumbre que en los estilos de vida, la vida familiar, el divorcio, el sexo, las enfermedades cardíacas o las relaciones entre estos dos últimos factores.

En los Estados Unidos, los dos profetas de la gran rebelión conservadora son, por supuesto, Howard Jarvis y el profesor Milton Friedman, ambos de California. El primero es un cruzado tallado a golpes de hacha, el segundo encarna magistralmente el papel de una fuerza moral e intelectual. En la estela de ambos nadan cardúmenes de peces menores: Paul Gann, el profesor Arthur Laffer, William Simon y el ex gobernador de New Hampshire, Meldrim Thompson, actual candidato —aunado a si bien no del todo probable— a la Presidencia. En el extranjero tenemos a la señora Margaret Thatcher y a Keith Joseph, en la Gran Bretaña, así como también, con un más acentuado carácter pragmático, a Raymond Barre en Francia y a Menachem Begin, en Israel. Pero, además, en los otros países industriales están surgiendo espíritus afines, reales o supuestos.

El tema fundamental de la magna sublevación conservadora es que la gente rica y de pro está recibiendo una tunda de órdago por parte de los pobres. Y que la más elemental justicia demanda perentoriamente una defensa tan vigorosa como decidida de los opulentos. Basta de abusos.

Por lo demás, una reforma en ese sentido favorecería en grado sumo la productividad y el progreso nacional. Sólo pagando a los adinerados podremos hacerlos trabajar en mayor número. La ética laboral del hombre común se queda en un bajo tono moral agravado por la práctica sindical. Con este hombre lo que hace falta es reformar la ley del trabajo y que lo amonesten sobre la necesidad de retornar a los valores de antes. En cambio, allí por encima de los 50 o 100 mil dólares anuales de ingreso, o su equivalente, sólo hay una respuesta posible a la desgana, esto es, suministrar incentivos, más dinero.

Para favorecer la sublevación se recomienda actuar de

acuerdo con dos directrices: la primera consistiría en restringir drásticamente servicios públicos y reglamentaciones y, por lo tanto, los impuestos; la otra sería simplificar el manejo de la economía dejándola en manos del *Federal Reserve System*, en los Estados Unidos, o de algún banco central en el resto del mundo. Ambas políticas favorecen resueltamente los intereses de los acaudalados frente a los pobres, aunque no faltan entre los sublevados algunos que se muestran reticentes al respecto. Sin embargo, mi primera y más enfática predicción es que esto último se definirá cada vez más como el verdadero carácter de la sublevación.

Se estará de acuerdo en que los servicios públicos son los más necesarios y los más usados por las personas de ingresos medios y bajos. Los ricachones pueden pagar escuelas privadas; los demás necesitan escuelas oficiales. Los potentados tienen campos de golf privados, albercas, atenciones médicas al alcance del bolsillo, vivienda, y además pueden comprar libros. Quienes están en los sectores de ingresos bajos, o de plano sin ingresos, utilizan los parques y campos de recreo públicos y necesitan atención médica gubernamental, viviendas del Estado y bibliotecas públicas. A uno adinerado no le hacen falta subsidios de beneficencia pública, si bien todos los países cultivan ciertas ingeniosas modalidades de dichos subsidios para los acaudalados. Un individuo sin ningún otro ingreso recibirá con gusto un cheque estatal, sin preocuparse del daño moral que con eso se le ocasiona. Incluso la limpieza y seguridad de las calles le importan más al habitante de la urbe, que a quienes se retiran a sus lujosos suburbios al anochecer. Mientras nos adentramos en los ochentas, no pienso que estas diferencias —bastante obvias por lo demás— seguirán siendo un secreto.

Ahora mismo ya es posible observarlas. Cerca de dos tercios de lo economizado con arreglo a la ya célebre Proposición 13, en California, fueron a dar a manos de los más grandes propietarios y corporaciones. Los servicios más afectados (o que hubieran sido afectados de no haberlos rescatado las autoridades) son, muy visiblemente, los más usados por los habitantes pobres de las ciudades. Los conservadores en sublevación alegan que los servicios públicos son una partida de mercadería que nos fueron "vendidas" por los políticos y burócratas y que, por eso mismo son, con mucho, menos importantes que los servicios privados. Además de que los servicios públicos, puesto que deben ser suministrados colectivamente, lesionan la libertad individual de ejercer opciones, argumento que pesa mucho con el profesor Friedman y sobre el cual se apresta a perorar, ¿saben ustedes dónde? en nada menos que en la televisión pública de los Estados Unidos. Aunque también uno duda que el pú-

blico seguirá mucho tiempo creyendo que un buen aparato de televisión, nuestra principal forma de educación privada, es más dañino para la libertad que una buena escuela pública, o que un suministro de agua pura es más autoritario que el de los jabones y detergentes que van a parar a ella. Sostener, como Friedman, la tesis de que en la metrópoli moderna la mejor medida de la libertad es la altura de los montones de basura requiere, a más de una gran imaginación, una nariz de hierro.

Es indudable que los impuestos merman inevitablemente nuestra libertad de gastar dinero. Pero tarde o temprano alguien advertirá que un poco más de ingreso ensancha apreciablemente la libertad de la madre que vive de la beneficencia, o del indigente.

La segunda arma de la gran sublevación conservadora es la política monetaria. También aquí los conservadores están cosechando grandes éxitos. Encabezados por Paul Volcker, nuevo presidente de la *Federal Reserve*, la política monetaria ha arrollado y domado incluso el liberalismo nominal de una administración demócrata como la actual. Pero también en esto el presente y el pasado próximo constituyen una guía bastante eficaz en lo que respecta al futuro.

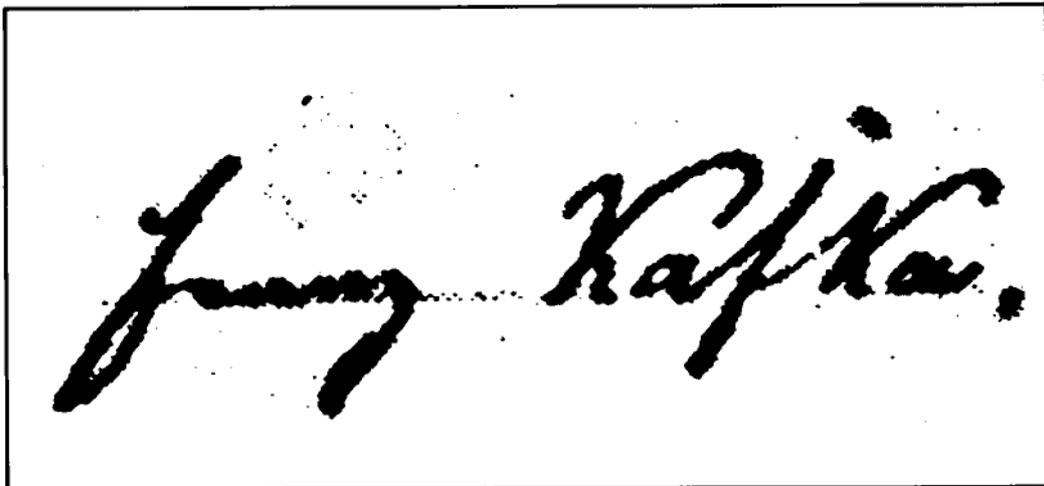
Nadie debiera sucumbir ante la mística —minuciosamente cultivada, por lo demás— de la política monetaria. En realidad, es bien simple. Enfrentados a una fuerte demanda de bienes que está tirando de los precios hacia arriba, y en lucha con potentes corporaciones, sindicatos, la OPEP y varias políticas agrícolas, aduaneras, etc., los nuevos conservadores se vuelven hacia el banco central. Y le piden que reduzca la demanda disminuyendo el gasto y el re-gasto que se hace con dinero extraído en préstamos de los bancos. Este y no otro, es el objeto de las actuales y astronómicas tasas de interés. Otras medidas más equitativas, como aumentar los impuestos para moderar el gasto en artículos suntuarios; imponer un vigoroso control legal a precios, ingresos y sueldos de las corporaciones; vigilar más estrechamente la laxitud de ciertos gastos públicos, como por ejemplo en materia de defensa, suelen ser rechazadas con indignación bajo la tacha de que se trata de dogmas o gestos demagógicos.

Es un gran tributo a la inspirada capacidad de persuasión del profesor Friedman el que, por todo el mundo, desde Japón hasta la Gran Bretaña o Israel, este diseño haya sido bautizado con su nombre y se le conozca como "política friedmanita".

Se debe admitir que la tal política está admirablemente urdida para favorecer la sublevación de los ricos. El impacto inicial de las tasas de interés altas o de los préstamos bancarios negados, lo resienten ante todo el pequeño empresario, el constructor de viviendas, el comerciante, el agricultor. Todos ellos existen con dinero prestado. La General Motors, Shell y demás gigantes, con las escarcelas colmadas de monedas, producto de sus propias utilidades, ni sudan ni se abochornan. Esto me consta, porque, cuando la política monetaria empieza a morder en serio, los constructores de viviendas, por ejemplo, guardan en el cajón su natural proclividad al conservadurismo y me piden que me una a ellos para denunciarla. La política afecta además a la pareja sin efectivo que desea comprar una casa, y también en este caso la familia con mucho efectivo en mano queda incólume. Asimismo es una política que sienta bien a los banqueros, como que son ellos quienes se embolsan los altos intereses; a nadie como a los banqueros les parece tan digno de alabar un alto precio durante una inflación.

Pasemos ahora a mi predicción siguiente. O sea, que cada vez será más obvio que la política monetaria trabaja para los acaudalados. Así sucederá sobre todo cuando, por fin, se detenga la inflación, si es que se logra detenerla. Porque la política monetaria contendrá la inflación exclusivamente en la medida en que logre crear suficiente capacidad ociosa, exceso de inventario y desempleo, para frenar el ascenso de precios y salarios. Y sus resultados serán especialmente visibles para el hombre o la mujer despedidos, mandados a casa o que no encuentran empleo.

Ni siquiera los partidarios de la política monetaria niegan sus efectos sobre el empleo. El 19 de noviembre del año pasado, el *New York Times* publicó en su primera plana los pronósticos de Citibank y Chase Manhattan. No tengo empacho en agregar sus predicciones a las



Friedman Kaplan

Von der k. k. Staatsprüfungskommission

Dag, den 22. November 1908

mías. Los bancos pronosticaron que el reciente apretón dado a la política monetaria por la *Federal Reserve*, habría de costarle al mercado neoyorkino de trabajo de 30,000 a 60,000 empleos. Sin embargo, insistieron en hacer sonar una "nota optimista": la última vez que se impuso una política monetaria lo suficientemente rigurosa como para causar una recesión, se tachó tal número de gente de las nóminas de la ciudad de Nueva York, que ahora ya no habría necesidad de correr a tantos.

Al pronosticar sobre este aspecto de la sublevación conservadora hay que ser muy cautos por lo que se refiere a si en verdad se podrá parar la inflación. La última vez que se aplicó una política monetaria drástica, o sea, en 1974, siendo Presidente Gerald Ford, los precios industriales y los salarios nunca dejaron de subir. En cambio, lo que la política obtuvo fue aumentar el desempleo y ayudar a que Ford perdiera el cargo. Como suele acontecer entre hombres movidos por un auténtico fervor revolucionario, los más distinguidos conservadores se quedaron impávidos. William Simon, al referir esta experiencia, en su libro *A Time for Truth*, se enorgullecía de la forma cómo, siendo Secretario del Tesoro, se opuso a toda medida que hubiera podido salvar al Presidente.

Como he dicho antes, los efectos de la sublevación conservadora sobre los servicios públicos son ya evidentes. Los diarios publican todos los días notas sobre carencias del sistema escolar, huelgas de maestros, condiciones intolerables en los parques, y bibliotecas a medio tiempo. Actualmente, Nueva York necesita reclutar a más policías y requiere con urgencia de más trabajadores de sanidad pública. En consecuencia, podemos predecir con certeza cuál será la reacción del ciudadano medio o del habitante de los barrios pobres. Pero también deberíamos tener presente la muy grande probabilidad de que surja entre los ricos un cisma referente a los servicios públicos y reglamentos. Todo individuo con recursos superiores al promedio desea viajar en aeroplano, sin que a los aparatos se les caigan los motores. En consecuencia, exigen una mejor reglamentación de la seguridad aérea

y, por otra parte, en cuanto inversionistas entienden la necesidad de tranquilizar a la gente en lo que respecta a la energía nuclear. Y en los Estados Unidos aceptan que, si bien el gobierno no debería entrometerse con la industria automotriz, sí por el contrario estaría el deber de enderezar a la Chrysler Corporation, junto con muchos ferrocarriles y acerías viejas. Ahora ya sabemos que, en nuestra época, el socialismo o su equivalente no vienen de los socialistas, sino de hombres de negocios a quienes los bancos les dicen que Washington es su única y última esperanza.

En la próxima década, la sublevación conservadora podría (y debería) poner a reflexionar a los liberales norteamericanos y a quienes, en otros países, independientemente de la etiqueta que usen, tengan ideas similares. No se trata —pienso yo— de que hayan sido demasiado duros con el rico. Pero sí deberían prestar mayor atención a la calidad de la administración pública, si bien es cierto que la administración privada de Chrysler, o incluso de la General Motors, no es lo que se dice. Y la prueba para la izquierda, respecto de lo requerido en forma de servicios públicos, no puede ser en los años por venir lo mismo que en el pasado, o sea, únicamente eso que los conservadores resuelven aceptar. Debería haber métodos de ensayo objetivos sobre la base de las necesidades y las alternativas a las que se ha renunciado.

Pero estas lágrimas son por mis amigos conservadores en la década que empieza. Ellos están tratando de promover una sublevación que, en realidad, se está llevando a cabo, cuando antes la defendían, sin riesgos, en el nivel de la teoría pura. Pero como los efectos ya no serán puramente verbales sino materia de experiencia concreta, es posible que al final descubran que, después de todo, ya no son tan conservadores. Allá en el fondo del alma se me agazapa un furtivo anhelo de paz social, un deseo sospechosamente feñido de conservadurismo. No nos quepa duda de que la paz social se erige sobre el contento, no de los pocos situados en la cima, sino de los muchos que están debajo.